

De la vorágine de soñar. (ó de cómo seguir andando)

Leon Coronado



Image not found.

Capítulo 1

Devenir.

En el alma anidan pájaros, y a veces, se les da por emigrar sin titubear. A veces, resplandece tu mirada tanto como el cielo, al atardecer, cuando se te incendia el alma y se te escapa por los ojos el coraje. A veces, con la mirada conmovida por los años, se nos rompe el corazón.

Ella sufría de angustia, traía en el pulso los segundos arrancados al reloj. Él marcaba el palpar de los minutos, animado por el viento y suspendido de las gruesas ramas del abeto viejo. Una mecedora de cuerdas de henequén. La vida se descuelga desde el árbol. «Si tan sólo pudiera negarse», había dicho Constanza cuando el abrazo de cuerdas encerró su cuello. Un rugir en la altura y en Lucio nació el silencio.

—Creía, que el futuro se escondía en tu mirada, —pronunció Constanza—, pero la insistencia del presente nunca lo alcanzó. Ahora se me rompe el tiempo, todos mis relojes se han quebrado, y no encuentro consuelo ni en las plantas o en la magia de sus tés. A veces las cosas son así. Siempre van hablando de la vida sin vivirla, se ponen a pensar en cosas y en personas en cuyos hombros no pesa autoridad alguna, y después, así como hablan de la vida sin dar razón de sus palabras, atentan contra ella, la pisan, la zarandean como a un pescado medio ahogado en aire, agonizando, y se la entregan por entero a aquella dama, que alguna vez habrá de cobrarles todo de la forma más horrible y sin heraldos que hagan el anuncio de su advenimiento. Querido mío: sin duda estas cosas tienen que doler, sé muy bien que tienen que doler. Lo sabemos, lo hemos sabido siempre, porque a todos nos pasa que al nacer, lo primero que se nos ha ocurrido pronunciar es llanto. Y en virtud de nuestra concepción del universo y del orden de las cosas, he decidido no sufrir más de la cuenta y esperar, esperar a que sea el momento, haré mío cada segundo hasta que la hora haya llegado hasta el final, su final...

Vivía... vivía encadenada a sus ojos, ahora se le han roto los labios en sollozos. La firmeza de su piel se cimbra con temblores y la delicadeza de su voz poco a poco se lamenta y se endurece. Pasaron algunos días, algunas noches, algunas temporadas no previstas, y las cosas sucedieron sin que el alma de Constanza ofreciera su interés a nada más que al segundo en su reloj, cuyo susurro habría de llevarla siempre de vuelta a la imagen del péndulo: el cuerpo abandonado de su bien amado Lucio que

colgaba del abeto.

De su paciencia se habían teñido muchos de sus años, conocía tan bien sus rostros, el color de la piel y de los ojos, las risas y los gestos enfadados de sus muecas irritantes, que saltaban a la luz empobrecida del astro que perezosamente se apartaba de los ventanales de la casa de playa para engrandecer otra ciudad, el sol sobre otro mar. Conocía muy bien el instante, memorizó los entramados y patrones del tapiz en la pared como único cuerpo manso remanente del momento, algo que fijara paz en la memoria. El palpitar del corazón un torbellino, frustración mezclada con tan importunada carga de conciencia e impotencia. Todo fue volátil, y nada agradable como para merecerle sus recuerdos, nada a excepción del dibujo en el tapiz, la expiación a la locura, el exquisito tapiz en las paredes. Sobre aquellos finos trazos revistiendo su memoria, giraría perillas de entre todos sus relojes escondidos, para salir de prisa la siguiente madrugada pisando las arenas de la playa. Arañaba la quietud a las olas del mar, y el viento, jugando en sus oídos evocaba caracolas. Era una bendición non grata, llevar el mar en los oídos y el odio en sus fluidos, hirviéndole la sangre, calentándole la piel, sacando la furia a flote para cortarle su vaivén al péndulo, el corazón sangrando de injusticias y las manos aferradas al magnánimo latido de su redención.

—Nada es raro en el amor –advirtió Constanza–, sólo pasa que a veces no le encontramos el sabor, no sabemos cuando empezar a extrañar, desconocemos los principios, yo los desconozco, el momento de olvidarte, ¿cuándo se volverá del todo necesario? Hazme saber si me escuchas mi querido Lucio, hazme saber de alguna forma. Que tu suspiro fantasmal me inunde los oídos, y que tu amor congele el tiempo, corazón. Hoy no necesito de esperanzas, porque el peso de mi convicción es firme. He querido para ella el desdén, y mudar de aires por la determinación futurista de mi maldición. Tomaré su sangre, la derramaré y les provocaré la muerte, hasta la última gota de su corazón. Con esa simplicidad ya quiero verlo, pero tengo miedo, sufro; yo ya no soporto mis desvelos tan eternos. ¡Tic tac!, una fuerza trémula me toma por las manos, itic tac!, me lloran las palabras, itic!, dolor, itac!, tantos meses de inanidad, de retroceder a la impaciencia. ¡Tic tac!, espirales, itic tac!, banalidades. Dime Lucio, idímelo!, con una seña que pueda interpretarse por la ausencia de tu voz humana, hazme saber hoy, hoy que mis alientos pueden verse con el frío y mis venas se hinchan de coraje. Cuéntame si tiene que valer la pena su castigo, quiero la certeza de tu admonición.

El sendero se labró de huellas, rebosaba en desazón el arenero, y Constanza, helada y cansada por la madrugada, hizo suyos los vestuarios del cinismo, ¡qué pedazo tan grande de optimismo! Preparó sus ganas para pisotear más fuerte en cada exhalación, para acercarse al péndulo, para desgarrar la cuerda que lo tensa y con ella restaurar el flujo natural de su existencia o su final. Y ahí estaban ellos, aquellos, cada uno de los otros, cada uno con sus manos ensuciadas, con sus ojos de bribones

clavados en los suyos tan vencidos. Y el mismo suelo que absorbió la vida roja de la piel de Lucio lacerado, cuyo efluvio sanguíneo se agitaba del recuerdo trágico de aquellos días perdidos, se estremeció trepidante de emociones llanas y de augurios dolorosos. La sórdida potencia del furor del nuevo encuentro, inflamó la centelleante intensidad de sus ojos furiosos con el flujo atemporal de su despojo. Con semejante fruición se vertió su cólera en afluencias de acero y plomo: la irreconciliable exhibición de sus ofensas.

El juramento concluyó su abominación, sacó de su corazón el odio, de sus pensamientos la censura y de su existencia la lisura. Y el espíritu de Lucio lloró sobre la costa, diligente por lavar sus malestares a Constanza, quien sembraba sus temores en el amanecer, arrastrando la certeza de su condenación, diluida de ternura y la constante evanescencia de su voz... En un 'tic tac', la final detonación.

Capítulo 2

Sin sabores.

- ¿De qué estás hecho? Dime.
- De tripas, carne y hueso, soy un trozo de carbón, si es que quieres verlo con ojos de alquimista.
- Dolor mío, ¿por qué hace tanto frío?
- Pues sucede que la tormenta nos ha traído un curioso regalo que conmueve tu tacto y mi piel.
- ¿Y qué pasará si se marcha?
- Entonces los copos derriten.
- Celebraremos primavera como a la piedra que respira.
- Somos *tan* animales, como las estrellas, duelo *mío*, y tan perros como el tigre de Siberia, hagamos bailes, juegos, y todas las variantes de nuestras ocurrencias, vamos a viajar al mar.
- ¿Porqué te agrada *tanto* el mar?
- Es un lugar un tanto amable.
- Como las fantasías.
- Pero el mar es respirable.
- Juguemos en la dunas.
- Sí.
- No.
- Cuatro veces.
- Al ritmo de un reloj.

- Tic tac gigante, como de Jupiter.
- Los segundos son enormes.
- Exageras, son tan duraderos como siempre, y en ocasiones como ésta, el tiempo no se siente.
- Hasta que la noche nos envuelva.
- Hasta que la tierra de la vuelta.

Capítulo 3

Mi paloma mensajera.

No sé qué lugar, día 12 de algún mes de Mil novecientos quién sabe *quoi*.

Querido mío...

Lamento la demora de mis letras, en serio no quise alejarme de esta manera, pero sabes que a veces el color de los días no es lo suficientemente cálido como para levantarse y ponerse a decir cosas buenas, quizá por eso es que puse la pausa tan extensa entre mis cartas hacia ti. Quiero decirte con esto que no tenía algo bueno que contarte, y por consecuencia lógica, nada en este universo me había movido a dirigirte un par de letras, tómalo como la más sincera de mis excusas, sólo a modo de preámbulo, y sí, como puedes darte cuenta, sigo haciendo una calamidad hasta de las cosas más comunes. Para no variar, traigo un lío llenándome los sesos desde hace ya un par de semanas (me parece que han sido tres). Sucede que repentinamente me nació una obsesión maniática e injustificable por conservar mi cuerpo saludable, a raíz de esto me he aventurado a realizarme infinidad de análisis médicos y cosas de ese tipo. Naturalmente, nada iba mal con mi cuerpo, pero, ahí no acaba la cosa. Siéntate y déjame que te cuente qué sucedió, sé que me estás poniendo atención ahora, te conozco bien, juraría que incluso estás leyendo esto con esas ridículas pantuflas tuyas de oso que *tanto* odio, eso es lo único bueno que sacas de mi ausencia desgraciado, ¡total libertinaje pantuflario joder!, pero bueno, ya me estoy saliendo de contexto. Toda vez que hice el fabuloso descubrimiento de que mis órganos viscosos trabajaban con sospechosa perfección, me di a la tarea de analizar el único de ellos al cual jamás le presté la merecida atención: mi piel. ¡¿Pero cómo pude ser tan descuidada?! Adopté una postura enfermiza respecto a mi piel, me colgué las gafas de sol y me cubrí los brazos por miedo a las pecas, las oscurecidas y misteriosas pecas, nunca me puse a pensar en las jodidas pecas, no sabía nada acerca de su peligrosidad, lo sé, de antemano lo sé querido, ya te estoy escuchando, siempre te gustaron mis pecas, y, para que te quedes más tranquilo, no me voy a meter con ellas, después descubrí que eran doncellas amables. Estaba fuera de casa cuando me nació la nueva obsesión por la piel, entré a una tienda de ropa, agarré el primer vestido que tenía a mano, y si me permites mencionarlo,

me pareció tan *Kitsch* como las horribles publicidades de los postulantes a los cargos públicos. Me metí enseguida al apartado de probadores con mi vestido verde limón, me desnudé por completo frente al espejo, y con la misma mirada llena de sospecha acusadora con la que mi madre me inspeccionaba cuando regresaba del jardín de niños con la boca llena de caramelo, observé mi cuerpo, milímetro a milímetro. Después del escaneo dicté el veredicto, mi piel está bien, salvo esas imperfecciones que le dan un toque de singularidad a cada ser humano, es por demás, perfecta. Sabrás disculpar la ambivalencia de mi discurso pero no encontré palabras mejores.

Ahí estaba yo, desnuda y feliz, con una sonrisa de niño post-lactante inmejorable. Me jactaba de mi triunfo anatómico a diestra y siniestra *cuando*, de pronto, la vi, era una protuberancia burlona que se sacudía sarcásticamente cada vez que yo saltaba, Entonces, cesé de celebrar y le declaré la guerra a la pancita, estaba *gorda*.

Bien, ya puedes dejar de reírte, sé que lo estás haciendo, está bien, está bien, sé que ahora parece absurdo y te doy la razón total, pero, antes de que digas cualquier cosa, termina de leer lo que tengo que decirte, ¿vale?.

Trazaba *mi* plan estratégico para erradicar la grasa de *mi* abdomen. No quería desajustes en mi organismo de ninguna índole, así que busqué arreglar la situación de forma rápida y contundente. Sabía que no era tan grave la cosa pero entonces exageré –un poquito- y lo vi como el principio del colapso: primero sería una lonjita, que, venga, tiene cierto encanto, pero después vendrá la gordura hipopotamesca, después diabetes, y el universo no lo quiera, un infarto al miocardio, *imi cardio joder!*, yo no quería eso, además, seamos realistas, nadie anda con comodidad por el mundo con esa clase de promontorios.

Ambos sabemos lo obsesiva que puedo llegar a ser con éste tipo de cosas, y que cuando algo molesta así mi tranquilidad, no desisto hasta que el problema en cuestión deja de representar un peligro real para mi existencia. Empecé a buscar la raíz de todo, y lo hice metódicamente, con un breve análisis retrospectivo. En un cerrar de ojos y un abrir de boca regresé a mi infancia. Hablé para mi misma y empecé a enumerar los datos relevantes: Me gustaba mi pancita, Madre dibujaba el sol sobre mi vientre cuando íbamos a playa, *su* pachoncita, me decía. Así era siempre, para todo me daba sobrenombres de repostería: melocotón, pedacito de bombón, mi pastelito, carita de galletita. Esta situación, a decir lo menos *equivoca*, lejos de irritarme me llenaba de una felicidad sublime, donde todas las palabras que la boca de mi madre pudiera articular adquiriría de forma instantánea un carácter sanador, cada acción de mi madre era

terapéutica, cariño para sanar, siempre me lo decía.

Ahora bien, como dicta el orden natural de las criaturas vivientes y civilizadas, y, organizadas, pasados algunos años, ingresé al colegio y conocí rápidamente lo que era la desgracia. Está de más decir que los niños son muy crueles, jamás había tratado con otro niño, ¡jamás!. Al principio estaba feliz de encontrarme con personas de mi edad, pero al pasar el tiempo me iba dando cuenta de que las demás personas son capaces también de hacerte mucho daño. Uno de aquellos *mocosos* notó la manera en que mi madre me despedía a la entrada del colegio. Para no variar ella utilizó un denominativo culinario. Cuídate mucho tesoro *a-ca-ra-me-la-do*, esa fue la frase. A lo largo del primer mes, aquel niño fue recolectando la cuantiosa variedad de adjetivos que mi madre me colocaba con un gesto sobre la nariz cada mañana, era de esperarse que el niño ridiculizaría la situación a la primera señal de hostilidad de mi parte. Y así fue, una mañana el niño me pidió que le cambiara mi ración de leche por una de sus galletas, yo me negué, y sin preparar el terreno para el escampe, atacó a discreción. Me bombardeó con cantidad de burlas azucaradas. Desde ese día pedí a mi madre que no me dijera más ése tipo de cosas, ¡ya soy niña *grande!*, le dije, y al día siguiente, atacué al otro niño con proyectiles pasteleros. Nadie volvió a burlarse de mi condición de postre.

Recorrí todas las etapas de mi vida, dicho de otro modo, escudriñé todas las tallas de mi cuerpo. Si bien, nunca fui una persona obesa, ahora me sentía como la persona con el peor de los desordenes alimenticios sobre la faz de la tierra, drama a manos llenas. Recordé a todas las personas obesas con las que compartí mi ración de aire a lo largo de mi vida. No quiero utilizar el termino *obeso* como algo peyorativo, después de lo que me pasó en Jardín de niños adopte una posición compasiva para cada persona que a mis ojos fuera una pieza de repostería, para mí la gordura siempre te daba esa condición.

En mi búsqueda espiritual de tejido adiposo, me encontré deambulando por las calles, observé minuciosamente a cada persona a mi alrededor, el mundo está repleto de obesidad moviente en todos y cada uno de sus caminos. ¡No puede ser!, dije con alarma, pero me puse a recapacitar y entendí que no en todos los casos un cuerpo obeso deriva de desordenes alimenticios o hábitos sedentarios, en ocasiones se debe a problemas metabólicos o ese tipo de vicisitudes. Me di cuenta de algo más: por un impulso electromagnético ha nacido la conciencia, y, a razón de otro impulso más, nació su contraparte, ellas tenían otra hermana llamada negligencia, que a pesar de saberse completa se esfuerza con puñal en mano en llegar a saberse incompleta, y de tanto bufar y bufar su necedad en saberse incompleta, terminó siendo no más que un pedazo de sin sentido. En otras palabras: *no todos pensamos igual*, ni vemos las

cosas a través de los mismos ojos.

Me hice de varias publicaciones de contenidos contrastantes, algunas hablaban de modas y otras cuyo tema primario era más bien cultural, o, en su caso, especializadas en determinada disciplina. Mi sorpresa llegó cuando descubrí que las paginas de cada una de ellas estaban vetadas a los gordos. ¿Las señoras panzonas no son bien recibidas? ¡¿Cómo?! Me ofendió en extremo la idea, porque yo tuve una nana panzona, y esa panza sábelo bien, era sinónimo de felicidad. Y así, di un giro a mi concepción de las cosas y pasé de ser una persona obsesiva que buscaba la perfección estética y corporal, a ser una persona obsesiva que defendía los derechos sociales de los gordos. Inaceptable que la panza de mi nana tan querida fuera condenada a la desaparición en el discurso visual del mundo. Salí a las calles envuelta por un amor enfermo hacia todo lo que fuera tachado de obeso, gordo o pelotudo, no lo podía permitir. Me pasé meses en conferencias relacionadas a, meses en propagandas con imágenes atestadas de toda clase de criatura felposa, y usé como estandarte la palabra *dignidad* en más de una ocasión.

Trataré de ser breve e ir al grano: Esto, como era de esperarse, no terminó nada bien, mis criaturas afelpadas fueron estratégicamente erradicadas por mujeres anoréxicas, y la palabra *respeto*, a medida que los días avanzaban, parecía haber sido sacada de un cuento con matices de idealismo romántico ajeno a este lugar. Hay miles de cosas que quisiera escribirte en ésta carta querido mío, pero el tiempo apremia, amanece de este lado del globo terráqueo, irónicamente redondo, y sabes que me asustan las estrellas matutinas. Trataré de sintetizar todo lo que pretendo decirte en una frase: «Ahora no abogo por las panzas prominentes, mucho menos por los esqueletos vivientes, pero *no* vuelvo protagonistas de mi ridiculización a ninguno de estos distinguidos personajes. Prefiero sin embargo, prestar atención a sus *almas*, y limpiar mis anteojos de desviaciones de estándares idílicos que *siempre* habrán de herir susceptibilidades».

Ó, como me dijo un hombre ciego alguna vez: «¡Qué bella sonrisa tienen aquellas palabras!, es una lástima que estos ojos míos no me las dejen ver».

Con *esponjoso* cariño: Tu dama querida.

Capítulo 4

Dichoso siempre es despertar, porque nos sabemos protegidos por algo inefable, glorioso y tan grande que no cabe en el espacio limitado de nuestra comprensión. Esta vez agradezco infinitamente tu visita, y el regalo de tus palabras, palabras que me han provocado ensoñaciones.

En mi sueño era un licántropo, embellecido por esa luz radiante que asemeja algún cristal, redondo, accidentado, con discos en su superficie. Un conejo, mi gentil guía hacia un mundo de maravillas. En mi sueño yo no aullaba, trotaba siguiendo la luz como un insecto que jadeaba, colectaba luces que se escapaban a la Luna. Un destello a cuestas, tan brillante como el cielo que hiere nuestros ojos cuando el alba nueva ríe. En mi sueño los aullidos son melódicos, y las pulgas de los perros bailan tango, cada hora los relojes se detienen, como aquellos corazones que han pausado el marcapasos.

Pude ver también sus ojos, que no arrojan sus miradas de este lado del espejo, y pude ver a algunos muertos saludando, en esa tierra en que los muertos no se llevan sus secretos, porque al cambiar su condición querida, se muestran más ligeros y gentiles, aliviados del peso de la vida. Y a carcajadas relataron lo absurdo de su historia y lo irracional del fruto de sus convicciones.

En mi sueño tenía por compañía una damisela rondando en mi cabeza y con ella había otra más, la buena, la mala. Y la mala hacía lo propio, seguida por una campanilla llamada brillantina, y la buena cargaba el abalorio que ha llamado clementina. Todas alzaron la voz al unísono, una palabra: corazón. Pero en mis oídos las palabras se doblaban y lo que escuchaba era otra cosa: atención. Insectos parpadeantes derramaron la luz de sus espaldas, y las pulgas de los perros tropezaron en las pistas de sus bailes, y las damiselas se acercaron hacia ellos, con un beso en sus mejillas saludaron. «Hola», la palabra, «Soma», su sonido. Con un gesto la tierra temblaba y las ranas en los lirios parloteaban. La estrella fugaz cruzaba el cielo de este sueño con aroma a cempasúchil.

Y en el sueño había una dulce bruja, bella como el mar azul, y fría como las noches del invierno. Los dos bajamos a una cueva, un abismo de tinieblas, morada de una flor que proveía vida de día, y por la noche inducía alucinaciones. Y en la noche irradiaba una luz que dejaba ciegos a los hombres cuyas almas eran sucias. Y bajamos entonces hasta

el fondo del abismo por caminos atestados de amapolas, éramos los perros, un lobo que cantaba y una bruja en fuego helado que viajaba riendo a carcajadas. Y entonces recordé palabras, las que soltaron al viento las voces del mundo, y las voces del mundo gritaron, y las voces del mundo callaron, y la flor radiante de la vida, a los perros al instante había cegado, y ellos, ladraron, bufaron, y espuma les salió de sus hocicos. Sus pulgas entonces les gritaron, mas los perros las palabras desdeñaron, y en un suelo accidentado y vulnerado de oquedades uno a uno los caninos se fueron desplomando.

La bruja encendió su voz, llenando con palabras las paredes de la cueva. Eco galante ha respondido con amabilidad, transformando las palabras en lumbreras que han llevado la penumbra a tierras nuevas. Y ahora, era concebible ver a los perros temblando de frío, porque el piso de la cueva tenía ese tacto agresivo que tienen los espíritus hostiles, quienes gozan al llevarse los calores de los vivos. Y la bruja tomó a los perros y a todos los durmió, una canción de cuna congeló sus corazones, mientras Eco repetía conjuros aferrado a las paredes de la cueva. Entonces un demonio se hizo manifiesto, y grito con voz tripartita palabras que hicieron al aire de la cueva incendiarse en llamas, era la bienvenida al inframundo, en realidad un amable ademán para tan singular personaje, cuyas flamas verdes de los ojos quebrantaban la entereza de miríadas de paseantes. El atento y cordial caballero condujo a la hechicera y al licántropo por túneles de abrojos, y un embrujo de silencio consumió el abismo, ni un lamento se escuchó en el limbo. Y después, silencio, que paradójicamente, es una expresión en cuyo significado no hay palabras manifiestas.

El abismo se agrandó con el silencio, la bruja sonrió, y dudó, pero avanzó, complacida con el regalo del tiempo. El demonio acarició los vientos con un silbido, con cautela reverencial ha desgarrado gradualmente al poderoso silencio. Y ahí estaba el río, desbordado de aguas diáfanas, el mismo río que los vio alejarse. Y la piedra mutó en madera, y la madera se fragmentó con violentas sacudidas, a lo largo de una noche de apagones y de huidas. El demonio mostró un camino, largo, brumoso y derruido, donde al caminar, las aves se posaban en tus hombros vociferando a los oídos. Y un grupo de elefantes huérfanos erraba por el mismo sendero, y las aves a montones les colgaban de una oreja, provocando a paquidermos mansos acelerar el ritmo de sus pasos. Los gigantes exasperaban y las piedras del camino se agrietaban. «Las aves no eran consejeras», había dicho la bruja después de ver cómo la manada enloquecía. Cada gigante recordó su pérdida, y en poco menos de un segundo el grupo sucumbía. También se escucharon risas, la burla pintoresca de las aves suspendidas de esos aires de noche fría. Estaba también la bruma, matizada de violetas y ultramar que evocaba humo de incienso nacido en tierras exóticas de oriente. Y la bruja calmó al gigante liberado del murmullo de su huésped, montaba con gracia a un paquidermo que avanzaba entre bruma y burlas necias. Y murió el

licántropo, sin rastro de su partida ni gestos de despedida, cayó en el mismo sendero del bosque, en el mismo camino que el viento siguió, y el único rumbo fijado que desde milenios primitivos cada ave y cada planta seguiría, todas las muertes una sola muerte, el abrazo duradero del sueño final de los seres de esta tierra.

Pero la bruja siguió avanzando, guiando al elefante por un camino señorial ahora repleto de verdes hojas de olivo y vid, donde, al arribo de pueblos lejanos, encontraría levantada una fuente que manaba purpúreos brotes de vinos tan añejos. Y la bruja vio criaturas voladoras, imbuidas en la fuente que era la razón de aquella distinguida lengua, que a pesar de su dialéctica, siempre terminara en necesidades, propias de una mente acostumbrada a alimentarse de aire. Y al beber del vino el elefante, se elevó su voz entre las hojas de los árboles: «Desde la bruma llegarán las almas de nuestros viejos, y las bondades de la vida nutrirán las nobles aguas de los ríos». Y así sucedió ahora, que los huesos de un centenar de paquidermos sabios emergieron de la tierra, para incorporarse a las aguas del río, cuyas corrientes envenenadas de ginebra quemaron las escamas de los peces. Y sobre los viejos huesos, se enroscaron las serpientes de las cuevas.

La bruja comprendió que el sueño no era más que sueño, y así fue que despertó dentro del sueño, llevándose consigo lo vivido, abrió de par en par las puertas inmortales de un jardín de olivos. Despertó espantada, a la espera de la voz del tiempo, imperturbable caballero y señor de la memoria, despertó buscando para sí otra puerta que la llevase a despertar del nuevo sueño.

Otro nuevo despertar, uno y otro más, y la bruja llegó hasta el mar, al poderoso y grandioso mar, el principio y el final de todo, y la bruja quiso también bailar, pero unas piernas agotadas se negaron a brindarle tanpreciado gusto. Ella pensaría en la suerte del licántropo, y en el sinsentido del sueño dentro del sueño, y en el oleaje pasivo de sus laberintos sumergidos. Y el sueño no era tan distinto de la vida, lo sabía muy bien por una sola cosa, porque a pesar de haber venido de tantos pueblos con pasados diferentes, todos sonreímos en la misma lengua.

Y la bruja, al ver que el sueño no acababa, se tendió a la sombra de un ciprés que se agachaba, y la dama, murmurando, a sí misma se decía...

«Vengo tirando del cordón de un adiós que no he querido deshacer, un adiós que teje la dulce fantasía que cubre a mi tembloroso volver, y mientras tiro y tiro, la manta se desarma, como una flor que suelta sus pétalos sobre el otoño, como un niño que se libera de la mano de su madre, el niño que se entrega al juego sin pensar, y cuya voz está

tejida de un hilo de risas que no provoca otra cosa sino dicha.

Me he venido a pensar que estuvimos hablando demasiado, sin dejar que nuestros silencios tomen su papel en la comedia, y me he venido a pensar en ciertas cosas que nos dicen, que abstenernos de su voz nos ha dejado fatigados, sin abrigo, ni luces, ni perfumes que renueven nuestros labios, pero el niño supo y ahora sabe lo que nuestros ojos ignoraron, que una tormenta no es lo mismo que un tormento, y sucede que a la lluvia no se le recibe con huidas sino gozo.

Correr huyendo de la lluvia es tan absurdo que acto semejante ofende al cielo que la vierte, si es en su liquido sagrado que carga la voz del silencio, un silencio formidable similar a mil enjambres, tan perfecto y avisado que sucede sin obviar naturalezas, mas el niño la recibe sin prejuicios ni asperezas, porque suyos son los ojos de la vida, que distinguen lo dorado, lo oxidado y lo plateado. Y no se molestan en comprender porque ya lo saben todo, la llegada sin bienvenidas y la partida sin despedidas, y la fragancia se sabe sin olfateos, y la forma de las cosas es conocida sin divisar, y todos los sabores son degustados sin mordisquear, y por eso es que he venido tirando de los hilos, porque los adioses saben, huelen y parecen lloriqueos, porque si la manta se desarma no veremos sino el cielo.

El cielo tiene la costumbre de atraparnos, y jugamos a escaparnos bajando la mirada, y es ese cielo el que amorosamente nos envuelve ahora, como una manta, que a pesar de negar nuestras miradas, difícilmente dejará de ser condescendiente. Estamos hoy de frente, tus ojos y mis ojos se han llenado de nostalgias nuevas, de anhelos, y se miran con la fuerza de un volcán, con la fuerza del capullo que guarda celoso la dádiva de una flor desde semilla prometida».

Capítulo 5

Deja vú.

Hoy es uno de esos días tan míos, tan deja vú, tan nosoyyocuandoestoyaquí, tan tú. Veo un montón de rostros, que pienso -y dudo- que nunca volveré a tener a bien de sostenerles la mirada. De tanto en tanto venir andando se me olvida que la simplicidad de sonreír es de una naturaleza que de simple poco o nada tiene para presumir. Se me olvida que la miel es dulce si me viene en ocurrencia darle una mordida a aquel panal que me obsequiaron en Abril, y de olvidos entiendo que puedo perderme hasta del nombre de mi madre si no soy cauteloso, porque las memorias se alejan de tanto anhelar a los canales apestosos de Venecia, y también se alejan cuando paso medio renqueando por los andenes, esquivando a un centenar de almas, que por llegar a los mismos destinos con tanta frecuencia se han olvidado que el mundo es una cosa inmensa, que no cabe en un poema o en una enciclopedia.

Para mí las cosas en el mundo son como espejismos que se alargan, que mientras más los miro menos capto, que mientras menos trato más atrapo, y que mientras más atrapo, más me suelto, y de soltarme sin protección hacia el abismo, todo se concentra en una nota musical, que va subiendo de intensidad al tiempo que se me alargan los latidos en el corazón.

Qué sabemos los hombres y las mujeres de libertad, si la palabra libre nos ha quedado tan grande, que no cabe ni en nuestras cabezas que se van llenando de forma indiscriminada de una hilera sin final de cosas intrascendentes y de dolores que por añejos ya hasta nos dejaron de doler. Qué sabemos de libertad cuando seguimos encerrando a las personas en un prejuicio y en un resquicio de nuestra incomprensión más testaruda, que le da la espalda a todo cuando el brillo de su lucidez se va apagando.

Hoy es uno de esos días tan malos que son muy buenos, porque son muy breves. Y al verlos desde la distancia de un futuro casi presente, ya son más una comedia que una tragedia. Porque de tanto pensar en deja vúes, en olvidos y en espejismos que se deforman en libertades, ya no

recuerdo ni a qué he venido el día de hoy.

El primer beso de la muerte se ha perdido en el olvido, el error de nuestros miedos es quizá no haber partido. ¿Qué dirá la muerte si le llega primavera? Si a su luna, la de Octubre, se le ve sin humaredas, sin inciensos y sin versos que fijen un comienzo. En el frío y de buen humor, haremos que los dulces se nos vuelvan calaveras, veremos nuestros nombres adornados en sus frentes. En los huesos los colores ya no son de mil amores, nos quedamos con los besos de la muerte sin dolores. Podemos vivir cantando, morir andando, vivir soñando y morir besando. Sobre todo seguir hablando, de la furia, de espejismos, de cinismos, y jamás apartar la vista de las cosas que se envuelven por amor.

Hablaba del gran final, todas las noches gritos, un poco de miel y esencias, mirando al cielo por un milagro, en el que el fin del mundo no es una explosión ni un rayo fulminante, ni el colapso de las fuerzas que contienen a los elementos, tampoco es un incendio, o una era glaciár. El fin nos llega a todos de maneras muy distintas. Cuando nuestros ojos se van cerrando, el mundo hace implosión y se pierde de nosotros, la chispa de nuestra vida se extingue, o se va hacia otra parte, pero ya no está en el mundo, ya no en este mundo, y ese es el fin que nos llega a todos, cada uno en su momento. Decía que pensar en ello es como beber veneno y tener que aguantarse el trago sin más líos ni muecas espantosas, ya que después de todo, las estrellas también nadan en los charcos.

Ya no lo recuerdo bien, dejé de hacer algo que le agradaba o hice algo que le enfadaba. Estoy sobre la brecha que se extiende entre el delirio y una ensoñación, no puedo separar al blanco del azul, y no sé si es del todo posible distanciar los aromas del sabor en la comida. Así son las cosas que se tienen por instinto, luces que se atrapan si se les sorprende deambulando en un susurro. Aprender como imitar, así lo hicieron nuestros padres, así hasta remontarnos al primero de nosotros, quien andaba como desamparado, moviéndose en un mundo tan tierno de paisajes y tan lleno de posibles amenazas, que le llenaban el alma entera de la alegría del alarde que le daba su fortaleza primitiva, la más pura, más liviana y más empedernida. Y es verdad que esta nostalgia apremia, pero no se puede andar extrañando aquello que se desconoce. Es verdad que la frustración de no saber es un asunto de vida o muerte, de amor u odio, y de fe, de introspección, de sed, de ciencia, o de nuestra curiosidad que llega a Marte. Siempre volver el paso atrás, hojear en los viejos libros, hurgar en las canciones de un tiempo que se va alejando, y después de todo, seguir creyendo que nuestra existencia es algo más que

un simple gesto de alegría. Eso sobre todo si es que aún nos queda tiempo, porque todo se nos cobra con tiempo, de la vida que se va achicando mientras que la plata se nos sube a la cabeza y nuestros recuerdos se desprenden como niños que se bajan del columpio, exhaustos y tan satisfechos que se echan a dormir la siesta sin pensar en levantarse nuevamente.

Sigo sin entender, ¿qué hice que le tiene lejos? Ese día bebió, se pone triste con el alcohol, ¿qué hago con más frecuencia, pido ó le doy las gracias? La borrachera por simpatía, por agradar y hacer creer a los demás que tienen tanto en común como las aves del alambre. Todos brindando con un trago de jerez porque no quedaba más en la alacena.

De entre aquellas pequeñas cosas que no me resultan un misterio sé que todos fueron muy felices, entonces descarto la tristeza que ha nacido de su noche de jerez. No es nostalgia -supongo-, no es la dulce borrachera por acuerdo, no hay resacas de nuestro pretérito en invocaciones. Ahí nace una intriga, como las muñecas de los escaparates, que pueden pasarse la vida mirando al cielo, pero cuando tú volteas, su cielo es otro cielo cuyo acceso se nos niega a los más. Su encanto tienen de tanto mirar al horizonte y hacer como que nunca pasa nada, como que por esa calle nunca vuelca un coche ni se prende fuego a la basura.

Marina soñaba despierta, soñaba que era del mar la espuma, y que las olas le llevaban a través del mundo, yo soñaba siempre durmiendo, soñaba que era del mar el agua y que Marina me hacía cosquillas en esas tantas visitas de sus sueños con el ojo abierto.

Hablo de lo que no sé, y de lo que escucho entiendo poco, digo que estoy vacío si de suspiros me lleno el cuerpo. Me calienta el sol, las canciones y las olas, pero el ritmo de las cosas se me escapa de las horas, tengo tanto tiempo pensando que ya no pienso, que cuando creo que pienso realmente yo no lo pienso. Las horas se van al mar, las notas en un azar. ¿Cómo saber si pierdo?, si de ganar me muerdo el labio y me brota el rojo. Una gota en el ojo, los guiños de mi despojo, un silencio de loco, la fruta de mi cerrojo. Estar muriendo o estar viviendo, un abrir de manos y un cerrar los ojos.

Capítulo 6

El baile de mascarada.

El heraldo habló a la corte, poniendo en alto la voz y el estandarte de su amo el soberano. «Su majestad absoluta... -dijo- El gran conquistador, el sol humano, su alteza omnipotente, mi gran señor: ¡El As de Oriente! Expresa su voluntad incuestionable a través del venturoso mensajero que les ha venido a dar las nuevas por edicto (...) »

La inmensa vanidad del Rey Tristán lo colocó en la reclusión de su aposento, para discernir y trastabillar por reflexiones delirantes que llamaron a la puerta en la barraca del antiguo maestro el alquimista. Con el toque venenoso de un murmullo se fue a dormir la siesta que lo tuvo entretenido por más de medio invierno y una primavera.

De la inmortalidad que tanto ha desbordado sus deseos probó la primera y más pequeña de sus infinitas tempestades, la gente le vio morir y así se lo creyeron, hubo un funeral y mil trompetas que anunciaron el acercamiento hacia el esquivo más allá. «Estoy parado sobre el último escalón, soy el eslabón que controla a la cadena, y si nace alguna duda en la cabeza de estas gentes, entonces rodarán cabezas a las once y a las tres».

Se quedó varado en el ayer de glorias ya olvidadas, encogido y encerrado en el silente mausoleo que formó en su carne las escamas de la triste celsitud que le ha dejado acobardado en un rincón de su pasado. Y en ese estado se ha formado aquella concepción de gallardía que le temple la paciencia de escrutar por veinte meses el camino a la salida.

Se ha extraviado del cuerpo que le contiene, y el sol hiriéndole la piel le trajo de regreso la conciencia que de a poco se perdía. En un abrir de ojos y con sordera en los oídos de desuso se dispuso a caminar por todo el cementerio envuelto en sus harapos y oliendo a frutas rancias. Se habituó a la soledad de un mundo que ya desconocía. Se empeñó por recorrer los más vastos caminos añorando el palacete que le había guardado del frío

en el campo por noches otoñales incontables.

Y el día no le llegó ni por asomo, el camino se alargó como el infierno, de tanto y tanto tiempo andando en el exilio de quinientas villas, encontró la redención en las tertulias de la gente de las caravanas itinerantes que recorren los esteros. Vio la luz de sus hogueras como espectros chocarreros que hacen mofas de su endeble condición de pretender y ser humano. Las risas le cocieron el cerebro de la noche a la mañana, y al despertar se puso en pie, adelantando cada paso para encontrarse a sí mismo deambulando por recuerdos generosos y presentes tormentosos. Alzó la voz entre los árboles pisando los abrojos. «No fue culpa mía, la culpa no fue mía -decía sin alegría-, el reino !ohi mi reino no ha sabido enderezar sus atalayas, las piedras de sus muros se quedaron en el foso, y yo, yo que me he querido pasar la eternidad observando las grandezas que hace tiempo extraviaron sus favores en aras de trazar algún camino diferente. ¿Cuánto tiempo durará esta burla ingrata que me atrapa el corazón en un guiñapo?»

Vivió por un instante de cuatrocientos mil amaneceres el dolor de la tragedia del olvido, el sufrimiento de cargar un nombre sin historia y la tortura de ignominia que entretiene su cabeza hasta el fenecer del más reacio de sus alientos que evitó mirar a la salida de su cuerpo envejecido por un capricho henchido todo de un cinismo que se ha forjado de delirios de grandeza inmerecida de un monarca.

Capítulo 7

Abandonos.

De pequeño me enseñaron a apartar del sol los ojos, a memorizar los nombres de la calles de mi barrio y de mis padres, dado que saber de dónde vienes puede ser de gran ayuda si es que alguna vez te pierdes de la senda que te guía. En la distancia siempre se añora el hogar, algunos rostros, muchas voces, no por necesario sino por el pragmatismo de sentirse parte de algo, porque si no se sabe lo que somos, nada somos. Nos gusta tanto correr que no nos damos cuenta que nos hemos alejado, y estamos de repente rodeados de otro mundo que lo mismo nos asombra, nos conmueve o nos asusta.

De un andar inquieto que estremece el suelo y acobarda a los ratones en el campo pueden florecer aquellas cosas que nos mueven a tomar las más osadas decisiones. Si alguien dejase su hogar será por causa de algo mejor, invariablemente, evitar los días en el conflicto y encontrar aquel anhelo prometido. En esta travesía se han venido abajo las ciudades que habitamos, y esas explosiones nos persiguen inclusive por las noches, nos persigue el llanto y nos persigue el frío. Y es que el miedo se asemeja mucho al frío, te recorre el cuerpo escalando por la médula espinal y avanza, avanza como un insecto que conoce todos los caminos de tus venas y te va siguiendo con la misma e implacable furia que te infla la respiración.

He pasado días enteros observando la avenida desde casa, este peligro que olisquea a nuestra familia nos acecha cada vez más cerca. De mirar por la ventana entiendo nada, es decir, las cosas están ahí, se entiende el movimiento, muchas veces pasa un perro, vuela un pájaro o un gusano se desliza. Es la astucia de buscarse un ideal lo que nos vuelve testarudos, para andar a rastras persiguiendo el sueño de un decenio, hasta que nos tome por sorpresa alguna sensatez que amargue, porque las ventanas que nos muestran el camino a lo querido cada vez se ven con menos huecos de salida. Todas las personas ya se van, a veces entiendo que la cosa acaba, a veces no, y salgo como un loco corriendo por el desierto buscándole sentido al mundo y con el mismo mundo encontrarle al fin sentido a mi existencia. No importa quiénes impulsaron esta guerra, llegó el momento de emprender el viaje, dejando bien atrás todo lo que alguna vez se ha sido para que empecemos a portarnos más como nosotros mismos, y esta inocente huida no será de fugitivo sino de un misterio que

se ensancha cada vez que dudas si arriesgar la vida, o dejarlo todo y arriesgar también la vida lejos del hogar.

Quizás el error haya sido que hemos estado buscando algo enorme cuando en realidad es muy pequeño, pero como tendemos a subestimar a lo pequeño, ha pasado siempre desapercibido. Si las bombas dejan de caer el suelo reverdece, con un color cenizo que a nadie le interesa mientras tengan sus cien gramos de comida. Y de tanto y tanto mirarnos al espejo y encontrarnos esas cosas que no agradan, agachamos la mirada y se levanta en otro sitio, donde alguien estará de pie para encontrarse con la crítica y el enojo que venimos arrastrando desde aquel reflejo que no supimos aceptar con el primer reojo, en una habitación tan íntima y pequeña de la que solamente se puede salir con la potencia de un inmenso grito, que hemos contenido en tantas ocasiones sin querer porque el abandono es más amable que un adiós.